

EL ROMANTICISMO

Frente al contrasentido poético del XVIII, a fines de la misma centuria y sobre todo a principios del XIX, empiezan a brotar pensadores y artistas, sobre todo poetas, que no consideran a la razón como único instrumento de explicación del mundo y estiman que es preciso tener en cuenta también, en plena libertad, el sentimiento, la fantasía, el ensueño, la imaginación, la intuición, el genio, la inspiración, en suma, el espíritu humano en su máxima dimensión creadora. Los hombres que traen estas ideas son los románticos. Frente a la frialdad de la razón imponen los derechos de la libertad y del sentimiento; frente a las reglas de las preceptivas literarias afirman un total subjetivismo sin cánones: tan sólo el alma exaltada y libre debe llevar la obra a todos los caminos ignotos donde la quiera conducir la inspiración y la fantasía. Ernesto Giménez Caballero elabora una curiosa teoría política del Romanticismo: Su nacimiento significa la rebelión y el triunfo del sentimiento contra la razón, originándose una reacción patriótica que revaloriza el pasado, la historia de cada pueblo o nación. Surge así la épica nacionalista frente a la cosmopolita del XVIII; la nación o patria como sentimiento histórico, frente al Estado como razón absoluta; patriotismo contra absolutismo. Los poetas se funden a sus pueblos en guerras de independencia y proclaman la tradición de cada patria como auténtica libertad, originando los nacionalismos románticos. Surgen así dos modalidades líricas: la romántica (nacionalista o de libertad colectiva), y la liberal (egolátrica o de libertad individual).

El Romanticismo español es muy tardío con respecto al de otros países europeos (Alemania, Inglaterra, Francia, Italia). Quizás, aparte del tradicional aislamiento, influyeran las vicisitudes políticas españolas de principios del XIX. La reacción absolutista de Fernando VII es la etapa más deprimente y decadente de toda la historia de España, una época de crisis política e intelectual llevada hasta sus límites, y por ello no es de extrañar que el país, y por tanto su literatura, se estancara al máximo y se negara incluso a recibir las influencias exteriores que más podrían contribuir a su regeneración espiritual. Los mejores hombres se ven precisados a huir de su Patria y es tan sólo a la vuelta del exilio cuando traen a España las nuevas ideas literarias y poéticas del Romanticismo, que ya estaban desde hacía muchos años totalmente vigentes en toda Europa.